

John Lewis Gaddis  
*El paisaje de la historia.*  
*Cómo los historiadores representan el pasado*  
Barcelona, Anagrama, 2004, 245 págs.

Es curioso comprobar cómo, en las últimas décadas, se han publicado excelentes reflexiones historiográficas redactadas por especialistas de las más diversas disciplinas. Todos recordamos las monografías de Roland Barthes, Michel De Certeau, Paul Ricoeur y Tzvetan Todorov, por no hablar de la ingente producción anglosajona sobre esta materia. Sin embargo, *El paisaje de la historia* es la obra meditada de un eminente historiador «profesional» (como la de Roger Chartier, *El mundo como representación* o, entre nosotros, *El reto del historiador*, de José Enrique Ruiz-Domènec), quien tiene como objetos de estudio preferidos la historia de la Guerra Fría y las relaciones internacionales. John L. Gaddis es profesor de la cátedra Robert A. Lovett de Historia Militar y Naval en la Universidad de Yale, es también conocido por ser el biógrafo oficial de George F. Kennan y, recientemente, el presidente George W. Bush le ha condecorado con la *National Humanities Medal* del año 2005.

Pues bien, con estas credenciales, la comparación con la obra de E.H. Carr y de Marc Bloch es pertinente y, de hecho, el propio Gaddis reconoce, en las páginas iniciales de este libro, la deuda filosófica e intelectual con estos dos maestros de la historiografía y de la reflexión teórica. Por eso, la primera afirmación sobre esta monografía es que se trata de una auténtica continuación, si se me permite la expresión, de las preguntas y cuestiones planteadas por Bloch y Carr en sus dos textos clásicos (*Apología para la historia o el oficio de historiador* y *¿Qué es la Historia?*, respectivamente).

El libro comienza con varias e importantes declaraciones. En primer lugar, Gaddis reconoce el poco apego que los historiadores profesionales tienen por la reflexión teórica y metodológica. Como afirma William H. McNeill, la práctica historiográfica ha sido mejor que la propia epistemología (pág. 127). Como corolario de esta confesión, Gaddis nos recuerda que la mayoría de los que él considera «científicos sociales», entre los que parece incluir a los historiadores, trabajan en una gran variedad de estilos pero todos tienen en común el hecho de que prefieran mantener ocultos los respectivos métodos de investigación y las consiguientes premisas sobre las que basan su trabajo como estudiosos del quehacer humano, ya sea del presente o del pasado. De hecho, Gaddis declara que, en muchos casos, el artefacto que es la obra historiográfica pretende mantener oculta, mediante su forma, la función con la que el historiador planteó, acometió y finalizó su investigación (pág. 11).

Otra de las premisas básicas que componen la declaración de intenciones del libro es la apuesta de Gaddis por el componente metafórico e ima-

ginativo del oficio del historiador: «me parece que es aquí donde la ciencia, la historia y el arte tienen algo en común: todos dependen de la metáfora» (pág. 18), ya que, como él mismo afirma, el pasado es algo que nunca podemos capturar al completo y sólo podemos presentar, *representándolo como un paisaje*, próximo o distante, de una manera análoga a cómo Caspar David Friedrich pintó aquéllo que contempla el personaje en su conocido cuadro (*«El caminante ante un mar de niebla»*, 1818). Esta es la metáfora *visual* que sustenta la tesis fundamental de esta obra, a saber: que el pasado es como un paisaje que los historiadores deben representar, de la misma manera que los artistas representan lo que captan con sus sentidos, con la diferencia básica entre ambos (que a Gaddis no se le escapa) de que, en el primer caso, los historiadores no pueden percibir el pasado. Éste, *el pasado*, debe ser, fundamentalmente, el resultado de una representación «no literal» de la realidad (pág. 37), tal y como consideran Ankersmit y otros autores postmodernos. Sin embargo, entre los historiadores profesionales y entre los autores postmodernos existen posiciones claramente anti-representacionistas, como la que defiende Richard Rorty. Y esta representación *abstracta* del pasado (de lo que Gaddis sigue confundiendo, creo que erróneamente, con la realidad) debe pasar por alto los detalles, debe buscar modelos más amplios y debe considerar cómo se puede utilizar para los fines del presente aquello que se «percibe» (pág. 25).

Pero debemos recordar una de las conclusiones fundamentales de los análisis de Bloch y Carr: para ellos, la historiografía no puede ser objetiva, aún a costa de hipotecar el componente cognoscitivo del discurso historiográfico (pág. 167). No obstante lo dicho, conviene tener presente que tanto Bloch como Carr (y como el propio Gaddis) utilizan los conceptos de realidad y de objetividad de una forma, cuando menos, ambigua. Por ejemplo, en la pág. 117, Gaddis recuerda que Carr utilizaba el término objetividad para atacar cualquier clase de relativismo interpretativo. Ambos autores creen que la historiografía no puede ser objetiva, pero que existe un criterio objetivo para discriminar entre las posibles interpretaciones (sic). Y esta precisión es fundamental, puesto que si bien se pueden predicar niveles de objetividad y veracidad respecto de afirmaciones historiográficas concretas, la interpretación global que sobre el pasado ofrece la narración o representación historiográfica no puede ser calificada de objetiva. Las interpretaciones no son ni objetivas ni subjetivas, ni verdaderas ni falsas, sino útiles o provechosas. En este sentido, Ankersmit nos avisa de que, a la postre, los diferentes debates historiográficos no pretenden establecer consensos definitivos sobre esta o aquella porción del pasado, sino abrir la puerta al crecimiento de interpretaciones sobre dicho pasado.

En otra parte del libro, Gaddis parece avenirse a las nuevas corrientes *relativistas* postmodernas cuando, al desarrollar las implicaciones del principio de incertidumbre de Heisenberg, concluye que «la objetividad, como consecuencia, apenas es posible y que, por tanto, la verdad no existe. Y esto a su vez quiere decir que el posmodernismo, que afirma todas estas cosas, se confirma» (pág. 51). Para concluir esta cuestión, en la pág. 163, Gaddis vuelve a alegar sus dudas respecto de la objetividad en historiografía:

«...puede no haber un patrón único de objetividad en biografía, o en toda la historia». Vistas así las cosas, al parecer estamos ante un autor que considera probable la existencia de *una historiografía objetiva* pero siguiendo varios «patrones de objetividad». Cuáles sean éstos y cómo distinguirlos es cuestión que no puede ser consultada en ninguna parte del libro, salvo en los capítulos referentes al método del oficio. En última instancia, como aseguran varios autores, la historiografía es objetiva desde un punto de vista y subjetiva desde otro. Es lo que Ricoeur ha expresado, siguiendo las enseñanzas de Bloch, con el siguiente adagio: esperamos de la historia cierta objetividad, la objetividad que le conviene; y esperamos también una subjetividad adecuada a la objetividad que conviene a la historia: «una subjetividad implicada por la objetividad esperada» (*Historia y Verdad*, Encuentro, Madrid, 1990, pág. 24). Por lo tanto, si la historiografía es parcialmente objetiva e intencionalmente subjetiva, ¿qué grado de verdad se puede predicar de dicho discurso? Este es el problema principal que lleva planteándose la historiografía en todos sus siglos de existencia y, por supuesto, el libro que comentamos no pretende ofrecer una respuesta definitiva sobre la cuestión. Las últimas obras de Geoffrey R. Elton, Richard J. Evans y Keith Windshuttle, por un lado, y de Franklin R. Ankersmit, Keith Jenkins y Richard Rorty, por otro, han intentado abordar este problema y enfocar posibles soluciones. La clásica monografía de Peter Novick supone también un enconado esfuerzo por clarificar estas cuestiones (*That Noble Dream*, The Press Syndicate of the University of Cambridge, Cambridge, 1988).

Respecto de la representación historiográfica, no debemos olvidar que la historiografía *no tiene una realidad externa* a la que referir todas sus interpretaciones: la historia *no posa* para el historiador, como sí lo hace el retratado para el artista. «El paisaje histórico nos es inaccesible», concluye Gaddis (pág. 59). Y es en este punto, en la ausencia de referente inmediato, donde hace su aparición el método historiográfico, por un lado, y la imaginación, por el otro, asuntos que Gaddis analiza sutil e ingeniosamente en los capítulos centrales del libro (capítulos 2 al 7, ambos incluidos), donde considera cuestiones tan importantes para la disciplina como el tiempo y el espacio, es decir, la forma mediante la cual el historiador da significado al pasado, «no a la inversa» (pág. 44), y cómo los historiadores representan *el paisaje del pasado*, siguiendo la sugestiva metáfora de Gaddis. Pero, como un paisaje, el pasado comparte con los mapas cartográficos «una envoltura de experiencia indirecta» (pág. 56) que convierte a todos los mapas en incorrectos e incompletos, aunque útiles. La forma del mapa, como la de la obra historiográfica, refleja su finalidad (ídem), aunque inicialmente Gaddis había afirmado que «la forma oculta la función de la historia» (pág. 11). Sin embargo, lo anterior es coherente con la escueta definición que Gaddis nos ofrece de la representación como «la reordenación de la realidad en función de nuestros fines» (pág. 40).

En los capítulos sobre la metodología del oficio, Gaddis afirma que cualquier hecho historiográfico consiste en una inferencia a partir de restos, huellas o documentos del pasado, como sentencia Goldthorpe (pág. 60). Las implicaciones de los métodos inductivo-deductivos en la disciplina son consideradas

por Gaddis en el capítulo tercero, donde también apuesta por la función de la imaginación historiográfica, en la línea abierta por Hayden White. Sin embargo, Gaddis considera que dicha imaginación debe estar limitada y disciplinada por las fuentes «y esto es precisamente lo que la diferencia de las artes y de todos los otros métodos de representación de la realidad», junto con una «particular secuencia de procedimientos a seguir (págs. 68 y 69). ¿Quiere decir Gaddis que el pintor no *se debe* al retratado en su representación? ¿O quiere decir que cualquier historiador completa su objeto de estudio mediante su facultad imaginativa porque las fuentes siempre son incompletas, y que dicha imaginación no puede, deliberadamente, traicionar dichas fuentes?

Así como la ciencia, a partir del siglo XIX (e incluso antes), se ha hecho sensible a la historia y al carácter irreversible de los fenómenos (Prigogine y Morin), la historiografía, afirma Gaddis, no debe abandonar sus limitadas pero aconsejables aspiraciones científicas, ni su contrastada metodología. Para resolver los problemas implicados en esta cuestión, Gaddis analiza estructuras, procesos, el caos, la complejidad y la causación (capítulos 4, 5 y 6). Tanto la ciencia como la historiografía deben enfrentarse a un mundo que se ha vuelto evolutivo, histórico y ocasionalmente caótico (pág. 110). Por ello, la historiografía nunca puede esperar «tener el relato completo de lo que sucedió realmente» en el pasado (pág. 139). Y es por esto también, en relación con consideraciones anteriores, por lo que Gaddis reserva un puesto intermedio a la historiografía entre las ciencias y las artes (pág. 126).

Por último, Gaddis reflexiona sobre el forzoso carácter moral del ejercicio de la profesión. Como él mismo afirma, es inevitable concebir a la historiografía en términos políticos y, por consiguiente, en términos ideológicos y morales. En este sentido, Gaddis se muestra conforme con la concepción postmoderna, según la cual «todas nuestras bases para evaluar la conducta son ellas mismas artefactos de la conducta. Acostumbráramos a tener fundamentos sólidos en los que apoyarnos. Ya no los tenemos» (pág. 161). Y este diagnóstico de la situación no debería sobresaltar a los historiadores que, como Elton y Evans, se han visto acuciados por una especie de desasosiego epistemológico y moral. En el fondo, la influencia de la moral sobre el ejercicio y sobre los resultados de la disciplina nos alerta de que, a través de las representaciones historiográficas, los historiadores consiguen aprehender el pasado «desde su propia perspectiva y al mismo tiempo desde la nuestra» (pág. 165). En definitiva (y he aquí la principal conclusión del libro que comentamos), «el pasado puede liberarnos de la misma manera que nos limita» (pág. 189), por lo que el historiador debe ser un crítico social. Al final, incluso Gaddis debe reconocer las ventajas, y no los inconvenientes, del carácter abierto de la historiografía: «cuando los historiadores discuten entre ellos las interpretaciones del pasado, liberan a éste también en otro sentido: lo liberan de una única explicación válida posible de lo sucedido» (pág. 183). Es ésta la naturaleza incierta y contingente, pero emancipadora, de la representación historiográfica, según se desprende de las excelentes páginas de este libro.

AITOR M. BOLAÑOS DE MIGUEL